

Este poema-discurso fué escrito y dado a conocer por *León Felipe* con motivo de los festejos que se le ofrecieron para celebrar sus setenta años.

A M I G O S :

¿Y por qué no ha de ser este agasajo una graciosa despedida?
Me habría gustado que alguno hubiese dicho estas palabras:
El viajero se va... Ha vivido largo tiempo con nosotros —70
Despidámosle con el vino y el pan de los banquetes ditirám- [años—
[bicos...
Si. ¿Por qué no ha de ser este agasajo una graciosa despedida?

Despedir, aquí, ahora, quiere decir, acaso, jubilar.
Mas como yo no tengo ni oficio ni galones...
ni un sillón académico...
ni siquiera la humilde silla de un maestro de párvulos,
—nada vine a enseñar—
tal vez a última hora, jubilar quiera decir también amortajar.

¡Quietos!... Esperad un momento y dejadme seguir,
Siento haber lanzado esta horrible palabra,
oscura y áspera como la piedra de un volcán,
entre los reflejos del vino y la alegría de la fiesta,
¿he roto alguna copa?

Fea y condenada es la palabra amortajar.
Pero no os asustéis... Voy a embellecerla y redimirla.
Será un acto poético sencillito, que os parecerá como un milagro.
Si un poeta cualquiera, si yo, por ejemplo, no puedo hacer
[ahora mismo este milagro,
es indigno de que le honre nadie ni por sus canas ni por su
[lección.

Escuchadme sin repugnancia y sin asombro:

Yo mismo ya me he amortajado muchas veces...
y la mortaja no es triste ni sombría.
La mortaja no es más que un ligero vestido de viaje.

Los clásicos sastres funerarios solían cortarla amplia y de una
[blanca y fina tela de lino...]

como la vela de una barca latina.
Había que darle ventajas y facilidades al Viento...

que el Viento es quien nos mueve y nos empuja,
quien nos trae y nos lleva, sin descanso,
en este trasiego incesante de la vida...

¡Oh, Viento amigo trajinero!

Alguien ha dicho alguna vez
que acaso yo fuese el poeta del Viento.

¿Qué se quiso decir?

¿Que el Viento es para mí una divinidad propicia y misteriosa?
No es un dios, desde luego...

Yo pienso que es el medianero entre el hombre y la luz.

Si he de llegar alguna vez a mi estrella lejana... lejanísima,
será sin duda a bordo del Viento.

El poeta del Viento es un viajero rezagado en los caminos ás-
[peros y purgativos que conducen al poético reino de la Gracia.

El poeta del Viento está muy lejos todavía de la Luz.

Su voz, como un alarido, apenas se escucha entre la sombra...

Y el Viento no es más que un motor, un vehículo...

A veces, en esta gran aventura de la vida, he pensado que el
[Viento es sólo el capitán,

y que yo voy en una vaga y misteriosa embarcación.

Otras veces le he visto como un águila enorme que me llevaba
[entre sus garras prisionero...

y en los días de tormenta, en las horas de cansancio y desam-
[paro,

a él me he atrevido a decirle:

"Viento: suéltame... déjame... déjame dormir... ¡acuéstame!

Quiero dormir... dormir... ¡dormir!

Siembra mis sueños... ¡entiérrame!

Cúbreme ya con una frazada de tierra caliente

y déjame crecer... ¡Quiero crecer!

Dormir es crecer... Morir es crecer... ¡Acuéstame!... ¡Entié-
[rrame!

¡Siembra mis sueños!

Cuando haya crecido y ya sea
un pino duro, místico y derecho, en la orilla del mar,

para ofrecermelo como el palo mayor de la fragata

y llevar las velas más seguro que ahora,

¡ven a despertarme!...

¡a arrancarme de la tierra otra vez!...

Tal vez entonces podamos pasear juntos,

entre las nubes oscuras y rotas ya, de la tormenta,

el gallardete invicto y luminoso...

Tengo que recordar algunos versos míos antiguos.
Temo que no me haya explicado bien en mis poemas
y que ya no tenga tiempo de explicarme.

"El barco va a partir... y está esperando el Viento".

—Pero ¿es Muerte el Viento?— ¡Silencio!... ¡No hay Muerte!

Ya os he dicho que una mortaja es una vela.

Y el viajero se va... Luego viene otra vez... y se vuelve a
[marchar.

Todo es como un comercio marítimo y continuo

y otras más lejanas que están cerca del Sol...

Y caminamos... con la mortaja, con la vela izada

por un espacio redondo y misterioso que es el Tiempo.

Esto es lo que sé... lo que tengo y lo que puedo daros...

Quisiera pagaros esta fiesta con un talismán consolador
y que estas palabras fuesen el último y el mejor de mis poe-
[mas...

Un poema de velas blancas...

de alas y motores en lo más egregio del Viento...

con un poema de sueños encendidos.

Yo he soñado mucho, como buen marino.

El poeta no tiene más argumentos que sus sueños.

Sueña la sangre... la sangre del Hombre...

Y los sueños son como los dogmas de la sangre...

de la sangre del Mundo.

Y esto he soñado alguna vez:

Que no es una sombra negra y pesada la Muerte,

sino algo que se mueve sin cesar como el Viento

que va y viene,

que sube y baja,

que nos trae y nos lleva...

que transporta el polvo, el polen y el aliento,

y que derriba los muros y las torres

donde los hombres quieren atrapar y encarcelar grosera y po-
[ticiacamente a la Luz.

Y el Viento no es sólo el misterioso trajinero entre este arre-
[cile hondo y oscuro de la vida

y la alta y abierta enseada luminosa...

sino que es también el que hace la Historia.

No la Historia mendicante y harapienta, sanguinaria y vergon-

[zosa que vamos registrando entre alambradas y cerrojos...

sino la gran Historia que no hemos vivido ni escrito todavía.

Todo cuanto el Hombre ha vivido hasta la fecha

será juego y pasto del Viento.

Cuento mis sueños nada más...
Refiero ciertos sobresaltos de la sangre...

Otro día hablarán el filósofo y los historiadores con los ojos
[alerta...]
Ahora, aunque sea apresuradamente, dejad que diga yo lo que
[he visto con los ojos cerrados]

El hombre ha compuesto sus grandes cronicones
y ha escrito con letras abigarradas y barrocas
ríos inmensos de nombres y de fechas
que ha guardado después en fuertes casilleros y registros.
Y también ha plantado árboles genealógicos
que ha cargado de motes y de signos heráldicos,
como los frutos de una hipertrofiada vanidad.

A veces, en épocas como ésta que vivimos,
donde todo está desencajado y revuelto,
grandes especialistas construyen férreos y blindados ficheros y
[tarjeteros...]

Siempre ocurre lo mismo en los días de gran confusión y des-
[arreglo]

Y en un siglo tan caótico como el nuestro
en que se ha perdido la escala que mide las jerarquías verd-
[deras]

surge una mecánica perfecta de definiciones y clasificaciones.
Y se dice: Todo está puntualizado y archivado.

La policía tiene ahora el mismo alfabeto de señales que la
[Ciencia y la Erudición]

Y como hay tarjetas para definir, morfológicamente, a un in-
[secto]
hay tarjetas, también, para definir, políticamente, a un ciuda-
[dano...]

Parece que la Historia la están haciendo hoy
el entomólogo y el detective...
porque el hombre no es ya más que un insecto preso y rotu-
[lado]

Esta es la época de los grandes archivos y archiveros,
de los índices inquisidores y de las enciclopedias señaladas.

Aquí está la escueta biografía del sabio,
del criminal, del inconforme,
del ciudadano más inocuo...

De aquí salen los pasaportes delatores,
las cédulas negras, los sellos condenatorios,
las boletas judiciales... y los tarjetones funerarios.

Hay tenazas y pinzas para coger al insecto y al hombre por el
[costado]

más vulnerable y específico.
Y no hay escapatoria.
Aquí está... ¡Miradle!
Se llama Pedro, Conrado, Rodríguez, Smith...
Aquí está... igual que un aberrojo o un gusano.

Esos grandes departamentos de lichadores y ficheros,
ese ejército innúmero de sabuesos,
de policías, de biógrafos y entomólogos,
piensan, tranquilos, que todo está registrado y en su sitio.
Sin embargo, a pesar de su gran rueda y de sus complicados
[engranajes]

eso... no es más que un sistema carcelario.
Se trata de que no se escape nadie...
ni por los escotillones de la muerte.
¡Y yo, que he estado pensando toda mi vida en salirme por
[la puerta trasera del corralón, sin que nadie me viese!

(sin un papel,
sin cédula y sin diploma en el bolsillo),
por la puerta abierta a la gran libertad de los espacios
donde ya no hay portero ni sochantre...
¡nadie que le pida al hombre la fe de bautismo ni le cante el
[último responso!

¡Por la puerta del Viento!

El hombre trabaja, inventa, lucha, canta...
pero el Viento es el que selecciona las hazañas, los milagros, las
[canciones...]

y el que sepulta las pirámides.
Contra el Viento nada puede la voluntad del Hombre.
Y digo otra vez que el Viento hace la Historia.
No sé cómo me atrevo a hablar así
ante este grupo de amigos que saben más que yo,
y donde veo filósofos, arqueólogos, historiadores...
entomólogos todos, conspicuos y gloriosos.
El hombre es un insecto... y no hay más que entomólogos.
Hoy tenéis que perdonármelo todo,
también estas piruetas cínicas de juglar.
Soy un poeta imprudente y temerario
que ha cumplido setenta años esta noche
y empieza a chochear...
Sed piadosos... y dejadme seguir.

Y un día el Viento,

cansado de tantos ajustes y reajustes,
de tantos cronicones puntillosos,
de tantos títulos heráldicos,
de tantos carnets y documentos,
de tantas tachaduras y repudios,
de tantos cartapacios como mariposas disecadas,
de tantas confirmaciones y bautizos,
de tantas legalizaciones notariales,
de tantos gloriosos epitafios
y de tantos porteros y soldados para guardar tanto epitafio
¡No hay más que epitafios!...
un día el Viento, digo,
soplará malhumorado y se llevará todos los registros de la tie-

No quedarán, entonces, ni los nombres... [rra.
¡Ni un nombre ni una fecha!
Y todos... hospicianos otra vez.
¡Hospicianos!... hijos legítimos de la cópula oscura de la at-
[cilla y el Viento...
Y otra vez... de nuevo a empezar... desnudos... absoluta-
[mente desnudos...

como en la primera página del Génesis.
Tal vez aquel día se salve sólo la canción,
la canción suelta, sin lengua y sin garganta.
Porque en la Tierra no hay más que una canción
que el viento transporta como el polen sagrado y anónimo.
La Historia no es más que las peripecias de esta canción que el
[hombre se empeña en atrapar y encarcelar señalándole un
[padre y un autor.

Es cuando surgen
los nombres,
las fechas,
los archivos.
El momento más grave de nuestra existencia...
y el más egoísta.
Es el tiempo de las disputas y las guerras...
porque todos quieren ser los creadores y los amos de esa can-
[ción.

Todos: los generales, los arzobispos, los inquisidores...
y los poetas mismos.
Y la gracia del Mundo está en cantar esa canción sin saber
[quién la compuso.
La Historia no es una fuente perenne que vomita nombres y
[fechas sin cesar,
ni un roble heráldico de raíces profundas y doradas,
ni tampoco un archivo policiaco.

Los mote de las viejas familias y de las tribus dominadoras
[no nos llevan a ninguna parte,
porque el viento oblitera y borra todo lo que el hombre, insen-
[satamente, quiere eternizar.

Que se queden sólo el hombre y la canción...
la canción del Hombre...
Que se quede sólo la canción,
la cual no se sabrá nunca ni quién la compuso ni cuándo.
Que un día el Tiempo ya no será como la cuerda de un rosario,
y no sabremos contar ni las horas ni los siglos.
y no sabremos tampoco cuándo un poeta cumple setenta años
[o setenta mil.

Nunca ha habido poetas.
Esta vieja canción la ha escrito el Viento.
Y la Poesía, la gran Poesía, como la gran Historia,
la seguirá haciendo, también eternamente, el Viento.
El poeta no existe... no es nadie...
El poeta es un viejo y hueco embudo de trasego,
abandonado en el repecho de la colina o en el rincón más os-
[curo de la cueva,

por donde el Viento sopla, a veces, y articula unas palabras...
No hay más que esta canción.
Y todos los poetas del Mundo no han hecho más que recoger
[y prolongar esta canción.

Y hoy, ayer y siempre, la canción es la misma,
aunque la busquemos en los hondos corredores del mar,
en los reflejos más altos de la luz
o en los laberínticos recodos de la cábala
Aquí no hay nombres tampoco.
Ni nombres ni fechas.
Y en el índice de los cancioneros antológicos,
lo mismo que en el índice de los gloriosos cronicones,
dentro de unos años,
nadie encontrará mis huellas dactilares.
Con la baraja de todos mis poemas, hará mañana el Viento un
[revoltillo de naipes que se perderán en el silencio,
y del que no se salvarán, seguramente,
ni la Reina ni el As.

Pero en el mar amargo e infinito,
en la historia dolorosa del hombre
y en la canción eterna y anónima del Mundo,
habrá una gota perdida de mi llanto...
una lágrima mía.
Esta lágrima será mi cédula... mi pasaporte

y mi carta legítima de naturaleza...
de naturaleza divina e inmortal.

Por esta lágrima me conocerán ya siempre las constelaciones y
[los dioses.

Y con esta cédula me abrirán las puertas sin bisagras ni cerro-
[jos del Mundo,
por donde se entra a navegar en los espacios infinitos.

Con la mortaja, como una vela hinchada,
iré en busca del primero y del último Dios...

de esa incógnita isla que incansablemente persigue el navegan-
[te... Y que se halla escondida

en la bola ovillada del hijo del Tiempo,
fuera de la madeja de los siglos

y al otro lado de la última lágrima del Mundo.

LEÓN FELIPE

México, 11 de abril de 1954.

(Tomado de la revista "México en la Cultura")